

El discurso anti-estatal ante la pandemia del Covid-19. Entre los espectros del fascismo y los mundos distópicos.

Pablo Martín Méndez.

Cita:

Pablo Martín Méndez (2021). *El discurso anti-estatal ante la pandemia del Covid-19. Entre los espectros del fascismo y los mundos distópicos.* XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/9>

El discurso anti-estatal ante la pandemia del Covid-19. Entre los espectros del fascismo y los mundos distópicos

Pablo Martín Méndez (UNLa–UMET–CONICET)

Introducción

Las cuarentenas no alcanzaron. La apelación a la responsabilidad individual, tampoco. No hay país, experiencia o ideología que haya salido airoso de la pandemia. A la hora de entender cómo llegamos a este punto, los diagnósticos proliferan, se contradicen, se rebaten con datos también contradictorios. De una manera u otra, sentimos que el mundo entero está en un punto de inflexión –por no decir de quiebre–, aunque la gravedad de la situación parece ir a la par de una profunda necesidad. Mientras más nos acercamos al colapso sanitario, económico y político, más nos cuesta aceptar que debemos hacer algo. Estamos paralizados, porque la pandemia ha roto un equilibrio que difícilmente vuelva a recomponerse. El frágil equilibrio entre el individuo y la sociedad, la libertad y la seguridad colectiva, el interés particular y el bien común. Tal es equilibrio que se está llevando la pandemia. ¿Es también la Modernidad misma, o quizá su realización definitiva?

Desde el siglo XVII a esta parte, todos los pensadores tenían una respuesta para el difícil arte de articular la libertad y el bien común. La tenían los contractualistas, con Thomas Hobbes, John Locke o Jean-Jacques Rousseau a la cabeza, o también los economistas, con Adam Smith y su famosa teoría de la “mano invisible” del mercado como forma de alcanzar el bien común a través del interés individual. Para dar respuesta al dilema entre lo individual y lo común, el pensamiento moderno no solamente se sirvió de sofisticados cálculos y reflexiones, sino además de la técnica y el arte político. Fue así como edificó unos complejos instrumentos para alcanzar el equilibrio entre los deseos de cada uno y la convivencia de todos. Y bien, lo que el Covid-19 ha venido a *desquiciar* es precisamente ese régimen. Hoy parece que las pasiones se desatan, que el orden puede disolverse en el vértigo del instante, pero no necesariamente en favor de una libertad más plena. Al contrario, a medida que el orden vigente se desmorona, la libertad estalla en sus fundamentos mismos.

Pronósticos inverosímiles, pero con efectos bien reales

La implementación del Aislamiento Social Preventivo Obligatorio en Argentina estuvo acompañada por distintas críticas desde el comienzo. La mayor parte de la ciudadanía expresa una legítima preocupación por las consecuencias socioeconómicas de la pandemia (sobre todo por su impacto en los sectores populares). Otras voces advierten los peligros que acarrea la vigilancia social en tiempos de cuarentena, yendo desde el continuo estado de sospecha de cada unx hacia el otrx, hasta el incremento del accionar represivo de las fuerzas de seguridad (cuyos excesos, no casualmente, también recaen sobre los sectores populares). Finalmente, aunque no menos importante, algunxs pretenden cuestionar la situación actual sirviéndose de teorías que en ocasiones rozan el conspiracionismo. En este último caso, entre el abanico de ofertas disponibles para el gusto del consumidor, hay quienes buscan instalar la idea de que la cuarentena se está transformando en un “método de gobierno”, es decir, una técnica que no tendría ninguna otra finalidad más allá de sí misma. La vida democrática sería reemplazada entonces por una temible tecnocracia o, más concretamente, una “infectocracia”.¹

No han faltado las especulaciones sobre el orden social que podría surgir con el Covid-2019. Si bien la contingencia hace que todo pronóstico se torne obsoleto con extrema rapidez, varixs analistas coinciden en sostener que la crisis está dando un rol más activo al Estado no sólo en el área de la salud, sino además en la economía y la sociedad en general. ¿Cómo juzgar esto? ¿Hay que temer o celebrar una mayor presencia estatal en nuestras vidas? Con cierto optimismo ingenuo, algunxs han pronosticado el retorno al Estado de Bienestar, suponiendo que se puede repetir la historia acontecida tras la crisis de los años 30'. La factibilidad de tales pronósticos es por supuesto un gran tema de debate. Ahora bien, al menos para quien escribe estas líneas –y también para una parte de lxs expertxs pertenecientes a las ciencias sociales–, la cuestión no consiste tanto en plantear pronósticos, sino en analizar los efectos que los mismos pueden tener sobre la opinión pública en la actualidad. Además de los pronósticos sobre el retorno del Estado de Bienestar, existen otras pre-

¹ Fidanza, E. (03/05/2020). “Epidemiólogos toman el poder”. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/epidemiologos-toman-el-gobierno.phtml>

dicciones que quizá resulten menos verosímiles si se los considera a futuro pero que, no obstante, están produciendo efectos ahora mismo.

Desde el advenimiento de la pandemia, ha proliferado en la Argentina y otras partes del mundo una serie de pronósticos sobre el advenimiento de un Estado todopoderoso, casi totalitario, cuya sombra se proyectaría tenebrosamente sobre las libertades de lxs ciudadanxs. Estos pronósticos no son nada nuevo; al contrario, están relacionados con la larga tradición anti-estatista presente en la historia de nuestro país. Lo interesante, en todo caso, es la forma en que se reeditan y las dimensiones que pueden adquirir en la actualidad.

Uno de los efectos más poderosos del discurso anti-estatista es la capacidad de asociar fenómenos sociopolíticos de distinta índole, llegando, como se suele decir, a “poner todo en la misma bolsa”. Así se ha sostenido que la actual pandemia está siendo utilizada para “acaparar prerrogativas políticas y económicas que en otro contexto la ciudadanía rechazaría resueltamente”. Con ello “resurgen el estatismo, el intervencionismo y el populismo con un ímpetu que hace pensar en un cambio de modelo alejado de la democracia liberal y la economía de mercado”.² Las medidas sanitarias, especialmente en lo que respecta a la cuarentena, serían entonces una oportunidad para ejercer lo que 300 intelectuales autoconvocados denominaron recientemente como una “infectadura”: “En nombre de la salud pública, una versión aggiornada de la ‘seguridad nacional’, el gobierno encontró en la ‘infectadura’ un eficaz relato legitimado en expertos, seguramente acostumbrados a lidiar con escenarios que se asemejan a situaciones de laboratorio y ratones de experimentación, pero ignorantes de las consecuencias sociales de sus decisiones”.³

El problema no está en que se critique puntualmente tal o cual acción gubernamental. Esto es un ejercicio intrínseco a todo régimen democrático. El problema es que las diversas críticas se articulen en una explicación unívoca y lineal de todo lo que está pasando, hasta el punto mismo de rozar el conspiracionismo. Para el caso particular de la Argentina, se ha llegado a decir que la cuarentena, la intervención estatal en la economía, el arribo de médicos cubanxs al país, la supuesta liberación masiva de presxs, etc., forman parte de un mismo camino hacia el comunismo: “el coronavirus es una excusa para cerrar la economía,

² *Fundación Internacional para la Libertad* (2020). “Que la pandemia no sea un pretexto para el autoritarismo”. Recuperado de <https://fundacionfil.org/manifiesto-fil/>

³ *Ámbito Financiero* (01/06/2020). “Infectadura: la carta de intelectuales, científicos y políticos contra la cuarentena”. Recuperado de <https://www.ambito.com/politica/coronavirus/infectadura-la-carta-intelectuales-cientificos-y-politicos-contra-la-cuarentena-n5106654>

para cerrar las fronteras y para que todos los comercios e industrias fundan y una vez que funden, empiezan a estatizar”.⁴ No sólo hay que preguntar por el grado de veracidad de estos enunciados; hay que detenerse en algo más importante, y es cómo articulan fenómenos distintos en una misma explicación. La cuestión, en una palabra, está la capacidad del discurso anti-estadista para *producir sentido común*.

Quienes creen que el avance del Estado implica necesariamente una amenaza para nuestras libertades, olvidan que esas libertades –y sin duda nuestras vidas mismas– se desarrollan siempre en un orden de condiciones establecido colectivamente. Si los argumentos no pueden ilustrar un principio tan básico, tal vez sí pueda hacerlo la ciencia ficción. Las series y películas pos-apocalípticas de Hollywood o Netflix tienen algo en común, una constante que, por lo general, no necesita hacerse explícita pero que asegura la lógica de la trama. Allí donde reina la catástrofe, el sufrimiento y la lucha por la supervivencia, es necesario poner al Estado en el lugar del Gran Ausente.

La libertad es poder (y viceversa)

La libertad no es un absoluto, no se da *in abstracto*, sino en una constelación de condiciones bien concretas. Para comprender este punto, podríamos recurrir a los postulados más básicos –justamente aquellos que enseña el contractualismo–, y decir, por ejemplo, que la libertad sólo está asegurada cuando un poder común protege a cada uno de la amenaza de todos (Hobbes); o que, para ser libres, necesitamos que la ley limite la libertad de los otros (Locke); o también, que nuestra libertad sólo puede realizarse en sociedad (Rousseau). No hay libertad sin poder, así como tampoco hay poder que no se haya apoyado alguna vez en el ejercicio de ciertas libertades.

Para resolver las carestías del siglo XVIII, varios Estados europeos se apoyaron en la libertad de circulación y comercio de bienes. “Permitir que los bienes circulen a través del territorio; no gobernar demasiado, dejar hacer”... Esa fue la enseñanza de los fisiócratas, recogida y sistematizada más tarde por Adam Smith. Hubo otros momentos en que el poder

⁴ *La Marca de Lincoln* (28/04/2020). “Legisladora de la Cuarta sección lanzó duras acusaciones al Gobierno en el marco del coronavirus”. Recuperado de <http://www.lamarcadelincoln.com.ar/web/noticias-detalle/legisladora-de-la-cuarta-seccion-lanzo-duras-acusaciones-al-gobierno-en-el-marco-del-coronavirus/10991>

debió construir las condiciones de existencia para una libertad *cuasi* inexistente. Así lo enseña la historia Argentina de fines del siglo XIX, cuando el poder estatal se encargó de ordenar el espacio de la libertad de mercado a través de innumerables políticas públicas. ¿O acaso hay libertad de mercado sin rutas que peritan el tránsito, sin una moneda común que facilite las transacciones, sin una infraestructura para las comunicaciones y, no menos importante, sin una educación que garantice el adiestramiento de la clase obrera?

Lo dicho también vale para el orden socioeconómico impulsado por el neoliberalismo. No hay libertad “a secas”, sino más bien libertad de alcanzar determinados fines prácticos o unas metas personales que se encuentran, a su vez, *articuladas con un conjunto de incentivos gubernamentales*. Esta forma de articulación entre las políticas gubernamentales y los planes individuales puede rastrearse asimismo en las prácticas de cuidado de la salud. Como señala Nikolas Rose, los ciudadanos ya no adoptan una actitud “pasiva” ante las prescripciones médicas, sino que “se convirtieron en consumidores que eligen y usan activamente la medicina, las biociencias, los productos farmacéuticos y los ‘medicamentos alternativos’ con el fin de maximizar y mejorar su propia vida”.⁵ Los gobiernos contemporáneos tienen que tratar con estas realidades, buscando articular las políticas públicas con las prácticas de la ciudadanía.

Si el poder y la libertad se retroalimentan y necesitan mutuamente, lo que estamos transitando hoy, con la pandemia del Covid-19, no es sólo una crisis de la autoridad política. *Es también una crisis de la libertad*, que se ve dinamitada en su misma estructura. Hemos llegado a un punto en que los Estados ya no pueden garantizar un ejercicio seguro –vale decir, sin riesgos para lxs demás– de las libertades individuales. El hecho de que nuestras libertades se hayan vuelto sanitariamente riesgosas, tanto para unx mismx como para lxs otrxs, parece ser una obviedad. El problema consiste en que esos riesgos ni siquiera se puedan calcular. Aquí la relación poder-libertad sufre un cortocircuito, pierde todo equilibrio y queda al borde del colapso.

Los Estados modernos contaron con una serie de herramientas para controlar los riesgos de la libertad. No otra era la función de la estadística desarrollada desde fines del siglo XVIII. La estadística venía a cumplir la misión de registrar lo que sucede en una población. Era los

⁵ Rose, N. (2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*, Buenos Aires, UNICE, 2012, p. 60.

ojos del Estado. No por casualidad sus fundadores la denominaron “aritmética política”. A través de esta herramienta, se podían conocer y predecir los efectos de la libertad tal y como fue entendida en aquel momento, esto es: libertad de movimiento, libertad de intercambio, libertad de comercio. Se trataba de cuantificar los efectos de las migraciones, de la circulación de bienes y de los intercambios entre los seres humanos y con el medio en general –incluyendo nacimientos, contagios de enfermedades, morbilidades, etcétera–.

La pandemia del Covid-19 ha puesto a la estadística en jaque. Ello obedece a varias razones. La primera, y más evidente, es que todavía no se sabe a ciencia cierta cómo se comporta el virus, cómo circula, cómo se contagia y qué tan exponencial puede ser su propagación. Hay sin embargo una razón más de fondo, más social que epidemiológica, y es que tampoco se puede predecir cómo se comportará la población. Los diferentes gobiernos del mundo tienen que lidiar con climas sociales altamente inestables y cambiantes. En este punto, ninguna encuesta ni sondeo parece brindar una orientación clara. ¡Nadie sabe lo que quieren lxs gobernadx! Unxs solicitan restricciones y cierres, otrxs claman por las aperturas irrestrictas, mientras que algunxs piden ambas cosas a la vez: cierres para unxs, y aperturas para otrxs.

Conclusiones

La pandemia ha suscitado una formidable discusión sobre el supuesto avance del autoritarismo en casi todas partes del mundo. Ya se trate de denunciar una hiperactividad gubernamental o bien de la ineptitud del Estado frente a la crisis sanitaria, lo cierto es que aquí y allá se busca resucitar el “espectro del fascismo”, pretendiendo explicar con ello la singularidad histórica de nuestro presente

Ahora bien, como advertía Michel Foucault: “jamás hay resurrección en la historia; más aún: cualquier análisis que pretenda producir un efecto político resucitador de viejos espectros está condenado al fracaso. Como no se es capaz de analizar una cosa, se procura resucitar el espectro de un retorno”.⁶ Es necesario ensayar un análisis del presente que sustituya los espectros por el juego de las continuidades y las discontinuidades.

⁶ Foucault, M. (2021). “La seguridad y el Estado”. En *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires, Siglo XXI, p. 50.

Cualquiera de nosotrxs sabe que las medidas sanitarias han acarreado enormes costos económicos y sociales, así como también que su suspensión implicaría una pérdida incalculable de vidas humanas. No hay soluciones ideales, es decir: no hay posibilidad de aplicar – y, menos todavía, extender indefinidamente– una cuarentena absoluta, pero tampoco se puede liberar las actividades económicas como si no estuviese sucediendo nada. El difícil equilibrio en cual se mueven los gobiernos consiste en preservar la vida produciendo el menor daño económico posible. En este punto, toda decisión tiene consecuencias negativas. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo decir cuál es el mal menor? La respuesta a semejante dilema no reside en el saber de lxs expertxs. No es un dilema científico. Es un dilema ético-político que sólo puede encontrar una respuesta política. Así de sencillo, y así de complejo...